**EL ESTADO DEL ESTADO**

La competencia mundial por el futuro del Gobierno

Por John Micklethwait y Adrian Wooldridge

El economista Alfred Marshall comentó en 1919, hacia el final de su vida *que “el Estado es el más preciado de los bienes humanos”* y *“ningún cuidado puede ser demasiado grande para ser gastado en lo que le permita hacer su trabajo de la mejor manera”.* Para Marshall, uno de los fundadores de la economía moderna y un mentor de John Maynard Keynes, esta verdad es evidente. Marshall cree que la mejor manera de resolver la paradoja central del capitalismo, la existencia de la pobreza entre la abundancia, consistía en la de mejorar la calidad del Estado. La mejor manera de mejorar la calidad del Estado era la de producir las mejores ideas. Es por eso que Marshall leyó a los teóricos políticos, así como a los economistas, John Locke al igual que Adam Smith, confiando en que el estudio de la política podría llevar no sólo a una comprensión más completa del Estado, sino también a las medidas prácticas para mejorar la gestión pública.

En las democracias establecidas y emergentes de hoy, muy pocas personas comparten el sentimiento de Marshall de que el gobierno es “precioso”. Menos aún se preocupan por la teoría detrás de ello. Muchos ven en su lugar, al gobierno como la raíz de muchos de los problemas que afectan a su sociedad y expresan su desprecio en los movimientos de protesta y las elecciones que a veces parecen más antigubernamentales que pro-reforma. En los últimos años en Brasil y Turquía, un gran número de manifestantes han marchado en las calles en contra de la corrupción y la incompetencia de sus gobernantes. Desde el año 2011 en Italia, tres primeros ministros han sido defenestrados y en las elecciones nacionales del año pasado, los votantes galardonaron con el mayor porcentaje de votos a un partido dirigido por un ex comediante. En las elecciones para el Parlamento Europeo de mayo, millones de votantes británicos, holandeses, y franceses, frustrados con las élites políticas de sus respectivos países, optaron en apoyar a nacionalistas de derecha, al igual que legiones de votantes indios tornaron a Narendra Modi, durante las elecciones de la primavera pasada. Los estadounidenses en el mes de noviembre llegarán penosamente a las urnas más llenos de ira que de esperanza.

Gran parte de esta insatisfacción tiene sus raíces en la creencia desesperada que cuando se trata del gobierno, nada va a cambiar. Este cinismo se ha convertido en algo común, sin embargo, es en realidad bastante extraño. Se supone que el sector público permanecerá inmune a los avances tecnológicos y las fuerzas de la globalización que han destrozado al sector privado. También se pasan por alto las lecciones de la historia: el gobierno, particularmente occidental, ha cambiado drásticamente en los últimos siglos, por lo general debido a la gente comprometida con grandes ideas, que han trabajado para cambiarlo.

No sólo se trata de que los ciudadanos comunes en el mundo democrático sean quienes han perdido de vista el hecho de que el gobierno puede, de hecho, cambiar, sino también sus dirigentes. Irónicamente, los gobernantes autoritarios de China, y no sus homólogos occidentales, tienen más probabilidades de entender las ideas de Marshall en la preciosidad y la maleabilidad del Estado. Los líderes chinos estudian a los grandes teóricos políticos occidentales, Alexis de Tocqueville es uno de los preferidos, sus burócratas recorren el mundo por las mejores ideas sobre el gobierno. Los chinos, al parecer, se dan cuenta de que el gobierno es la razón por la que Occidente ha tenido tanto éxito. Hasta el Siglo XVI, China representaba la civilización más avanzada del mundo; después de eso, Occidente se puso a la cabeza, en parte, gracias a las tres (y media) revoluciones en el gobierno para aprovecharse del poder de la tecnología y la fuerza de las ideas. Ahora, una cuarta revolución ha comenzado, pero aún no está claro qué países la forman y si van a sacar todo de la tradición en ascenso de la democracia liberal occidental o de nuevas formas de gobierno autoritario que han surgido en las últimas décadas.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

*Al parecer los chinos se dan cuenta de que el gobierno es la razón por la cual Occidente ha tenido tanto éxito.*

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

**SERÁ NECESARIO UN ESTADO MÁS GRANDE**

Proporcionar una visión completa de la evolución política de Europa y América del Norte sería una tarea monumental: el historiador Samuel Finer murió antes de terminar su intento, y el libro que dejó atrás, “*La historia del gobierno desde los primeros tiempos”, con sus 1,701 páginas* todavía está vigente. Dicho esto, se pueden esbozar brevemente los tres acontecimientos importantes que dan a la historia su forma básica: la aparición de los Estados – nación en los Siglos XVI y XVII, que trajo el orden interno y la competencia externa a Europa; la revolución liberal de los Siglos XVIII y XIX, que sustituyó a los sistemas de patronazgo por gobiernos meritocráticos y con frecuencia mucho más pequeños; y la revolución Fabian a principios del Siglo XX, que creó el Estado de bienestar moderno. El retorno de la gobernanza orientada al mercado, encarnado por la Primer Ministro británica Margaret Thatcher y el Presidente de Estados Unidos Ronald Reagan, representa un cambio menor, pero igualmente significativo, algo así como una media revolución. Cada una de estas revoluciones trataron de responder a una pregunta básica: ¿Qué es el Estado? La mejor manera de entender cada revolución es examinar las respuestas a la pregunta formulada por cuatro pensadores: Thomas Hobbes, John Stuart Mill, Beatrice Webb y Milton Friedman.

Hobbes, el fundador de la teoría política moderna y el autor de *Leviatán*, nació en Inglaterra en 1588. En aquel entonces, Europa era un remanso bañado en sangre. Los países más poderosos y avanzados del mundo estaban en Asia. China Imperial era entonces aproximadamente del mismo tamaño que Europa, unificada por un vasto sistema de canales que conectaba sus grandes ríos a varios centros de población. Su gobierno fue construido de manera similar: un país que era, por lo menos, tan geográficamente diverso como Europa, estaba gobernado por una sola persona, el Emperador. En un momento en que sólo tres ciudades europeas: Londres, Paris y Nápoles, podían jactarse de tener 300 mil habitantes, el barrio antiguo de Beijing podía jactarse de alojar tanta gente como estos, incluyendo muchos de los mandarines que ayudaron al Emperador a gobernar su vasto reino. Estos funcionarios representaban lo mejor que China podría producir y fueron seleccionados, con regularidad, a través de exámenes abiertos.

Para Hobbes, como para la mayoría de los europeos, la vida era mucho menos ordenada. Hobbes nació prematuramente, supuestamente porque su madre estaba aterrorizada por la combinación de una violenta tormenta y el rumor de que la Armada española había desembarcado en las costas inglesas. (En su autobiografía escribió: “*El miedo y yo nacimos juntos*”). Hobbes creció en una época de conflictos religiosos, rebeliones y conspiraciones políticas. El principal acontecimiento de su vida, la guerra civil entre Carlos I y sus enemigos puritanos en el Parlamento (1642-1651), cobró la vida de una proporción mayor de la población británica que lo acontecido en la Primera Guerra Mundial.

En Leviatán publicado en 1651, Hobbes desmembra a la sociedad en sus componentes, de la misma manera que un mecánico puede desarmar un coche con el fin de descubrir cómo funciona. Lo hizo al preguntarse lo que sería la vida en “*estado de naturaleza*”. La respuesta no fue alentadora; según él, los hombres estaban constantemente tratando de sacar lo mejor uno del otro, atrapados en una "guerra de todos contra todos. La única manera de escapar de un conflicto perpetuo y la perspectiva de una “vida desagradable, brutal y corta" era que los hombres renunciaran a sus derechos naturales para hacer lo que quisieran y construir un soberano artificial: es decir, un Estado. La función del Estado era la de ejercer el poder: su legitimidad radica en su eficacia, sus opiniones definen la verdad, y sus órdenes representan la justicia.

No es difícil ver por qué los monarcas europeos acogieron la idea. Pero Leviatán también figuraba un toque subversivo del liberalismo. Hobbes fue el primer teórico de la política en basar su argumento en el principio de un contrato social. No tenía tiempo para el derecho divino de los reyes o la sucesión dinástica: su *Leviatán* podría tomar la forma de un Parlamento, y su esencia radicaba en el Estado-nación y no en los territorios de propiedad familiar. Los actores centrales en el mundo de Hobbes eran individuos racionales que trataban de equilibrar su deseo de auto-promoción y su temor a la autodestrucción. Renunciaron a algunos derechos con el fin de asegurar el objetivo más importante de la auto-preservación. El Estado se hizo en última instancia por los sujetos, en lugar de los sujetos por el Estado: la portada original del *Leviatán* muestra un rey poderoso construido a partir de miles de pequeños hombres.

Esta mezcla de firme control con un toque del liberalismo ayuda a explicar por qué los Estados-nación de Europa se adelantaron. A partir del siglo XVI, en todo el continente, los monarcas establecieron los monopolios de poder dentro de sus propias fronteras, subordinando progresivamente centros rivales de poder, entre ellos los príncipes de la Iglesia. Los Reyes promovieron a burócratas poderosos, como el cardenal Richelieu en Francia y el Conde-Duque de Olivares en España, que ampliaron el alcance del gobierno central y construyeron eficientes máquinas de recolección de impuestos. Este cambio permitió a Europa escapar del problema que había condenado a la civilización de la India a la impotencia: un estado que era tan débil que la sociedad constantemente disolvió en pequeños principados que inevitablemente cayeron presa de los invasores más poderosos. Sin embargo, Europa también evita el problema que había afectado profundamente al Estado chino: demasiado control centralizado sobre demasiado vasta región. Incluso los más imponentes monarcas europeos fueron mucho menos poderosos que el emperador chino, cuya enorme burocracia no enfrentó oposición de la aristocracia terrateniente china o de sus clases medias urbanas, y por tanto así cayó en la decadencia presa de la autosatisfacción.

El nacimiento del Estado moderno se reforzó en Europa por los avances tecnológicos y económicos. La Revolución Industrial reunió a la gente en las ciudades grandes y aceleró la velocidad de la comunicación. La aparición de los ferrocarriles transformó no sólo el transporte, sino también la gobernabilidad: que en épocas anteriores, había tenido sentido para las autoridades reales al delegar el poder del campo a la nobleza y la alta burguesía. Pero ahora que cualquier lugar era sólo un paseo de corta distancia, hace más sentido la concentración del poder en manos de una eficiente burocracia central.

**EL ESTADO VIGILANTE NOCTURNO**

La centralización del Estado moderno pavimentó el camino para la revolución liberal de finales de los Siglos XVIII y XIX. La transformación comenzó con las revoluciones americana y francesa a finales del Siglo XVIII y se extendió por toda Europa, conforme los reformadores sustituyen sistemas de patronazgo regio con los gobiernos más meritocráticos y responsables. Hoy en día, el cambio político que parece más pertinente se produjo con mayor tranquilidad durante el Siglo XIX en el Reino Unido. Los liberales británicos tomaron un sistema decrépito y lo reformaron, estableciendo un servicio civil de carrera, atacando el amiguismo, promoviendo la apertura de los mercados, y restringiendo el derecho del Estado de subvertir la libertad. El Estado británico se contrajo de tamaño, ya que se ocupó de los problemas de una sociedad de rápido proceso de industrialización y de un imperio mundial en rápida expansión. El ingreso bruto de todas las formas de impuestos se redujo de poco menos de £80 millones de libras en 1816 a menos de 60 millones de libras en 1846, a pesar de un aumento de casi 50 por ciento en el tamaño de la población. La vasta red de personas del patronazgo que componían el Estado no reformado se enrolló y sustituyó por un grupo mucho más pequeño de funcionarios cuidadosamente seleccionados. El imperio británico construyó el "*Estado vigilante nocturno*", como le llamó por el socialista alemán Ferdinand Lasalle, que era a la vez más pequeño y más competente que sus rivales a través del Canal Inglés.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

*Por la década de 1970, el gobierno de EE.UU. parecía estar echando a perder todo lo que tocaba.*

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

El pensador que mejor articula estos cambios fue John Stuart Mill, quien se esforzó para colocar la libertad, en lugar de la seguridad, en el corazón de la gobernanza. Pertenecía a una Inglaterra muy diferente a la que Hobbes habitaba, una configuraba más por la reforma y el optimismo que por la disfunción y el miedo. Mill no tenía ninguna experiencia de la guerra civil, y la única revolución que presenció fue la transferencia pacífica del poder de una pequeña aristocracia terrateniente a una élite educada. Por lo tanto, la preocupación política central de Mill no era la forma de crear orden a partir del caos, sino cómo lograr que los beneficiarios del orden podrían lograr la auto-realización. Para Mill, la prueba de la virtud de un Estado fue el grado en que se permite a cada persona desarrollar plenamente sus capacidades. El mecanismo más seguro para ello era que el gobierno se pusiera fuera del camino. En *Sobre la libertad,* publicado en 1859, argumentó que la única justificación para la interferencia del Estado era evitar que la gente hiciera daño a los demás. Para Mill, la libertad marchaba de la mano con la eficiencia: mientras más abierto fuera el comercio, más próspero un país se convertiría, y cuanto menos dinero el Estado necesitara confiscar a los ciudadanos privados. También creía en el concurso abierto de ideas, confiando en que el choque de opiniones sin restricciones reduciría el error, persuadiría a la gente a tomar un papel más activo en la sociedad, y proveería a los ciudadanos con una formación moral.

Durante la mayor parte del Siglo XIX, el Estado británico hizo un muy buen trabajo poniendo en práctica los principios de Mill. Los sucesivos gobiernos británicos desmantelaron viejos sistemas de privilegio y clientelismo y los reemplazó con un Estado capitalista. Los victorianos creían que el Gobierno debía resolver los problemas en lugar de simplemente cobrar los alquileres. Se construyeron ferrocarriles, caminos pavimentados, y ciudades decoradas con sistemas de alcantarillado y policías, conocidos como "*bobbies"*, después de su inventor, Sir Robert Peel.

A lo largo del siglo XIX, este tipo de liberalismo se extendió por toda Europa y a través del Atlántico a los Estados Unidos. Sin embargo, su momento no duró mucho. El propio Mill tipificaba el cambio. Cuanto más viejo se hacía, más problemático se convirtió por algunas preguntas profundas que tienen que ver sobre todo con la persistencia de la pobreza en la abundancia. ¿Cómo podría una sociedad juzgar a cada individuo en sus propios méritos cuando tontos ricos disfrutaban de las mejores educaciones y genios pobres dejaron la escuela cuando eran niños para trabajar como deshollinador? ¿Cómo podrían las personas alcanzar su pleno potencial a menos que la sociedad desempeñara un papel en el suministro de un buen comienzo? El Estado, comenzó a sentir, tenía que hacer algo más. Por su tercera edición, *Los Principios de Economía Política* de Mill, la biblia del liberalismo británico, Mill se había comenzado a mirar cada vez más colectivista.

Mill no estaba solo: los últimos victorianos (y sus imitadores en todo el mundo) cuestionaron cada vez más las certezas del laissez-faire de sus predecesores, por dos motivos. En primer lugar, el Estado vigilante nocturno estigmatizaba a los pobres: les privó de los votos y los consignó a casas de trabajo, con el fin de desalentar la ociosidad y proporcionar incentivos para trabajar y ahorrarlos. En su novela de 1854, *Tiempos difíciles,* Charles Dickens formó el "utilitarismo", el término más comúnmente unido al pensamiento de Mill, en un sinónimo de cálculo despiadado. En segundo lugar, los críticos del liberalismo británico argumentaron que la única manera de superar a otras naciones, especialmente Prusia, era ampliar el Estado. Confrontado con el sistema de educación pública de Prusia y los aranceles efectivos, la élite británica se preocupó acerca de la ingenuidad del libre comercio y la calidad de la reproducción social de su país. En 1917, el primer ministro David Lloyd George se preocupaba en voz alta que el Reino Unido no podía dirigir *"un imperio A1"* con *"una población C3.*"

Durante las primeras décadas del Siglo XX, en tanto las ciudades y las fábricas de Occidente se ampliaban, el colectivismo, la compasión, y el nacionalismo se fusionaron en un llamado a un Leviatán más potente. Si Henry Ford podría inventar una enorme cadena de montaje mecánico para los negocios, sin duda, era posible hacer lo mismo con el gobierno: para aplicar la gestión científica a la tarea de dirigir el Estado y la formación de sus ciudadanos. El sueño colectivista de una nueva sociedad también se convirtió en un sueño tecnocrático de un nuevo Estado fundado en la eficiencia nacional y la competencia global.

**WEBB ENREDADA**

Este sueño se manifiesta más dramáticamente en las pesadillas totalitarias del comunismo y el fascismo. Pero ninguna de esas ideologías sobrevivió al Siglo XX, y es, en cambio, un concepto diferente el que impulsó la tercera gran transformación en la gobernanza moderna. Ese concepto es el Estado de Bienestar: la idea de que el gobierno debe ser un compañero a lo largo de la vida de los ciudadanos, proporcionándoles educación, una mano y ayuda si pierden sus puestos de trabajo, la atención médica si caen enfermos, y las pensiones cuando envejecen. Esta es la idea alrededor de la cual se construyeron extensos Estados occidentales de hoy en día.

Uno de los más importantes defensores de esa idea fue la socióloga y economista británica Beatrice Webb. La vida de Webb tipificaba el cambio radical de la escuela liberalista victoriana al colectivismo. Beatrice Potter nació en 1858; su padre era un magnate, su madre una discípula de la economía del *“laissez-faire”*. Pero Webb fue en una dirección muy diferente. Ella cambió la sociedad de Londres por el trabajo social en el lado Este y sorprendió a su círculo social casándose en 1892 con Sidney Webb, un destacado militante socialista.

Webb no era una teórica política en el modelo de Hobbes y Mill: pasó su vida preocupándose por los detalles administrativos en lugar de lidiar con conceptos abstractos. Pero su trabajo - incluyendo un estudio de diez volúmenes de gobierno local publicado periódicamente entre los años de 1906 y 1929, estuvo matizado con una visión filosófica del Estado como una encarnación de la razón universal. En opinión de Webb, el Estado debería existir para la planificación (en oposición al caos), la meritocracia (en oposición a los privilegios heredados) y la ciencia (en contraposición a los ciegos prejuicios).

Webb también refleja el lado oscuro de un gobierno grande y el colectivismo. Ella, por ejemplo, elogió al líder soviético Joseph Stalin como el arquitecto de una nueva civilización, y apoyó la idea de la planificación eugenésica: dado que la gente eran los bloques de construcción del estado poderoso, era el colmo de la estupidez para el Estado no escalar para administrar sus hábitos de alimentación.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

La mayor fortaleza de la democracia representativa está

perdiendo su brillo de Occidente.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

Pero esas ideas extremas tenían poca influencia en las contribuciones de Webb en la política, que por el contrario ha tenido el efecto de impulsar gradualmente el Reino Unido hacia el socialismo. Juntos, ella y su esposo, desempeñaron un papel significativo en la Sociedad Fabiana, que abogó por una política socialista y un Estado de Bienestar británico ampliado. (Los Webb también establecieron la Escuela de Economía de Londres, fundaron el Noticiario Hombre de Estado, y escribieron la constitución del Partido Laborista británico.) Al Reino Unido, no le tomó todo ese tiempo para que el Estado adoptara sus principios básicos. En 1906 el gobierno británico introdujo las comidas gratuitas en las escuelas para los niños necesitados, en 1908 las pensiones de vejez, en 1909 los fondos para combatir la pobreza, y en 1911 el seguro nacional de salud para los enfermos y desempleados.

Al comienzo del período de entreguerras, la mayoría de los ciudadanos británicos encontraron perfectamente razonable en su gobierno gravara a toda la población para proporcionar beneficios a los desafortunados, un dramático y radical cambio respecto de sólo dos décadas anteriores. Esta creencia no se limitó a los gobiernos encabezados por el Partido del Trabajo: Tories siguió expandiendo el Estado de cara a la Gran Depresión, y Winston Churchill en 1944 en la coalición de gobierno introdujo la educación gratuita hasta la edad de 15 años. El gobierno laborista de Clement Attlee estableció en 1946 el seguro nacional. de vida y en 1948 la atención médica gratuita a través del Servicio Nacional de Salud financiado con fondos públicos. En 1945, el Ministro de Salud, Aneurin Bevan, anunció que la "*Vivienda, la salud, la educación y la seguridad social son un derecho de nacimiento*".

En los años de posguerra, la socialdemocracia ha encontrado incluso más entusiastas campeones en el continente europeo. Entre 1950 y 1973, el gasto público aumentó de 28 por ciento a 39 por ciento del PIB en Francia, del 30 por ciento a 42 por ciento en Alemania Occidental, y del 27 por ciento a 45 por ciento en los Países Bajos. Los gobiernos construyen proyectos de viviendas de gran altura, crearon nuevas universidades e hicieron más fácil llegar a ser elegible para pagos de asistencia social. En el otro lado del Atlántico, un mucho menos extenso Estado de Bienestar social ha evolucionado a un ritmo mucho más lento. Estados Unidos era demasiado individualista, demasiado descentralizado, y demasiado obsesionado con los negocios para abrazar la socialdemocracia al estilo europeo. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XX, incluso Estados Unidos sentó las bases de un Estado de Bienestar: Seguridad Social, Seguro médico para personas mayores y Seguro Popular.

En su mayor parte, el gran gobierno parecía funcionar en ambos lados del Atlántico. Un rápido crecimiento económico más que compensado por un poco de ingeniería social. Para Estados Unidos, la era de la posguerra fue una de supremacía inigualable. Para los británicos, era una época en que a la gente común "*nunca le había ido tan bien*", como el primer ministro Harold Macmillan lo puso en 1957. Los franceses tenían *les trente glorieuses,* "*treinta años de la gloriosa prosperidad*”, de 1945 a 1975 y los alemanes occidentales disfrutaron del *Wirtschaftswunder,* el "*milagro económico*" que se inició durante el período de reconstrucción de la posguerra.

Pero Leviatán se extralimitó. Por la década de 1970, el gobierno de Estados Unidos parecía estar echando a perder todo lo que tocaba: una demodelora guerra en Vietnam, una economía en problemas por la estanflación, ciudades devastadas por las drogas y la delincuencia. Alrededor del mundo, la década trajo huelgas y crisis energéticas. Aquellos en la izquierda política se vieron "*asaltados por la realidad*", en palabras del crítico neoconservador Irving Kristol, al igual que aquellos en Occidente que todavía consideraban a la Unión Soviética en una especie de noble experimento en el colectivismo. Como toda la Unión Soviética llegó a verse como una aldea Potemkin gigante, se hizo dolorosamente claro que no había nada de noble en el comunismo ruso.

**CAPTURANDO A FRIEDMAN**

Examinando el naufragio de la época, el economista Milton Friedman a veces debió pensar a sí mismo: "Te lo dije". Nacido en Brooklyn en 1912 de pobres inmigrantes judíos de Hungría, Friedman tenía un viaje intelectual que era el reverso del de Webb. En 1932 llegó a la Universidad de Chicago como partidario de Norman Thomas, el eterno candidato socialista a la presidencia de los Estados Unidos. Después de obtener un título de maestría, Friedman trabajó primero como economista del gobierno de Estados Unidos. Entre sus contribuciones más importantes fue ayudar a diseñar una de los más poderosas (y menos amada) herramientas del gobierno grande, la retención del impuesto sobre la nómina. Sin embargo, durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, las ideas de Friedman cambiaron radicalmente, y cuando volvió a dar clases en la Universidad de Chicago en 1946, empezó a forjar un curso muy diferente.

Friedman había llegado a creer, que el Estado había fallado constantemente en proporcionar servicios de manera más eficiente como sucede en el sector privado. Adoptó el *“pro-mercado”*, las ideas libertarias de la llamada escuela austriaca de economistas, notablemente Friedrich Hayek, llevó al populismo americano a idear una nueva forma de conservadurismo del gobierno pequeño. Durante los años 1960 y 1970, Friedman se convirtió en una celebridad intelectual, de gira por Estados Unidos para denunciar todo lo que la izquierda americana, y, de hecho, la mayor parte del centro, más quería: la atención prestada por el gobierno a la salud, la vivienda pública, becas para estudiantes, la ayuda exterior. Friedman argumentaba, que eran en el mejor de los casos una pérdida de dinero y en el peor, un abuso de poder por parte de un incompetente gobierno fuera de control. Una vez dijo: *"si pones el gobierno federal a cargo del desierto del Sahara, en cinco años habría una escasez de arena."*

En la década de 1980, Reagan y Thatcher trataron de poner la filosofía de Friedman en práctica. Reagan redujo los impuestos y eliminó regulaciones. Thatcher se enfrentó a los sindicatos del Reino Unido, al igual que realizó la privatización de las tres cuartas partes de sus empresas estatales, entre ellas gigantes como British Airways y British Telecom. El modelo de Reagan-Thatcher se extendió rápidamente por todo el mundo, al igual que el modelo socialdemócrata había hecho antes. De 1985 a 2000, los gobiernos de Europa occidental vendieron unos 100 billones de dólares de los activos del Estado, comprendidas las empresas de propiedad estatal tan conocidas como Lufthansa, Volkswagen y Renault. Después de la caída de la Unión Soviética, los países poscomunistas abrazaron el llamado Consenso de Washington con entusiasmo: en 1996, Rusia había privatizado unas 18 mil empresas industriales. Leszek Balcerowicz, Primer Ministro de Finanzas de Polonia poscomunista, considerada a Thatcher como su heroína. En la década de 1990, el presidente de EE.UU., Bill Clinton proclamó el fin de "l*a era del gran gobierno*", y el Primer Ministro Británico, Tony Blair argumentó que "*la presunción debe ser que la actividad económica está mejor en manos del sector privado*".

Así que Reagan y Thatcher - y, por extensión, Friedman - ganaron su batalla: hoy en día, casi nadie habla en favor de un gobierno grande. Pero no ganaron la guerra. Leviathan difícilmente se ha reducido. En sus 11 años trascendentales en la oficina, de 1979 a 1990, Thatcher logró reducir el gasto público sólo desde el 22.9 por ciento del PIB al 22.2 por ciento. Reagan no pudo persuadir al Congreso de los Estados Unidos controlado por los demócratas para promulgar los recortes de gastos que debían acompañar a sus recortes de impuestos y, en consecuencia terminaron desencadenando una explosión en el déficit de Estados Unidos. Para que se hable del auge del neoliberalismo y el "destrozo de la red de seguridad", el Estado se mantuvo mucho más grande con Reagan y Thatcher que cualquier cosa que Webb podría haber imaginado, y sólo ha dejado de crecer en las décadas posteriores a su salida de la oficina.

Por lo tanto, la revolución de Friedman cuenta como sólo una media vuelta. Hoy en día, la versión dominante del gobierno en el mundo desarrollado sigue siendo el Estado de Bienestar que Webb ayudó a diseñar. Mientras tanto, otras dos preguntas ahora se ciernen sobre la política global: si se puede producir una verdadera cuarta revolución, y si se originará en el Occidente.

**LA INNOVACIÓN GIRA AL ORIENTE**

China es el foco obvio de la discusión sobre el futuro de la gobernanza. Los chinos han producido un nuevo modelo de gobierno que desafía directamente la creencia occidental en los mercados libres y la democracia. China ha sido pionero en una forma de "*capitalismo de Estado*" con la venta de miles de empresas de menor tamaño pero manteniendo participaciones en más de un centenar de grandes empresas. El país también ha revivido su viejo principio de la meritocracia reclutando miembros chinos del Partido Comunista en las mejores universidades y la promoción de los funcionarios del partido en función de su capacidad de atacar varios objetivos, tales como la erradicación de la pobreza y promover el crecimiento económico. China también ha acumulado algunos logros asombrosos en la reforma del Estado. En la última década, se ha construido un sistema de universidades de clase mundial. En los últimos cinco años, se ha ampliado el programa de pensiones del gobierno de 240 millones de ciudadanos rurales - mucho más que el número total de personas cubiertas por el Seguro Social en los Estados Unidos.

Sin embargo, otros países están aún más lejos cuando se trata de innovaciones en el gobierno, sobre todo Singapur, que ha creado lo que es sin duda la máquina administrativa más eficaz del mundo. El gobierno contrata a las mejores perspectivas para trabajar en el servicio público, y los que llegan a la parte superior de la burocracia están ricamente recompensados con paquetes salariales de hasta USD $2 millones de dólares al año y con garantías de empleo en el sector privado después de dejar el gobierno. Los Singapurenses pagan el 20 por ciento de sus salarios en el Fondo Central de Previsión administrado por el gobierno, con los empresarios que contribuyen otro 15.5 por ciento. Esta cuenta de ahorro obligatorio sirve como una pensión de jubilación y también permite a los singapurenses pagar la vivienda, la atención sanitaria y la educación superior. Pero a diferencia de muchos de los sistemas del Estado de Bienestar en Occidente, Singapur conserva un incentivo para trabajar duro y contribuir: el 90 por ciento de lo que se obtiene desde el fondo está ligado a lo que uno pone. Esto refuerza el intento de Singapur de combinar los programas de salud y de bienestar social universales con la frugalidad; Lee Kuan Yew, fundador moderno de Singapur y mano guía, desestima el Estado del Bienestar occidental como un buffet tipo "todo lo que pueda comer".

Mientras tanto, conforme los países de Asia generan ideas inteligentes para la reforma del gobierno, la mayor fortaleza de Occidente, la democracia representativa, está perdiendo su brillo. Los gobiernos democráticos cada vez más hacen promesas que no puede cumplir y se dejan capturar por los intereses especiales o son desviados por consideraciones de corto plazo. El Congreso de Estados Unidos no ha aprobado un presupuesto adecuado a tiempo desde 1997. El Instituto Peterson de Economía Internacional ha calculado que desde el año 2010, la incertidumbre sobre la política fiscal ha disminuido la tasa de crecimiento del PIB de los Estados Unidos en un punto porcentual y ha impedido la creación de dos millones de puestos de trabajo. Francia y un número de otros países europeos no han equilibrado sus presupuestos en décadas. Las elecciones europeas recientes han sido ejercicios de negación, en la elección presidencial francesa de 2012, ni el presidente Nicolas Sarkozy ni su rival socialista, François Hollande, propusieron recortar el hinchado presupuesto del país o aumentar la edad de jubilación. En las recientes elecciones al Parlamento Europeo, en Bruselas, los partidos de derecha hicieron enormes ganancias culpando los problemas de la UE en materia de fronteras abiertas y no el gasto excesivamente indulgente de sus Estados miembros.

Los malos resultados de las élites políticas han llevado a un intenso cinismo entre los electorados occidentales. La participación electoral está disminuyendo, sobre todo en las elecciones celebradas en los Estados miembros de la UE, y la pertenencia a partidos políticos está cayendo en picada: en el Reino Unido, del 20 por ciento de la población en edad de votar en 1950 a sólo el uno por ciento en la actualidad. En 2010, el irónicamente llamado *Best Party* de Islandia ganó suficientes votos para co-ejecutar el Ayuntamiento de Reykjavík (lo que equivale a co-dirigir el país) al comprometerse a traicionar sus promesas y ser abiertamente corrupto.

Tal antipatía hacia la política tal vez no importa mucho si los votantes querían poco del Estado. Pero ellos siguen queriendo mucho. El resultado es una mezcla tóxica: la dependencia del gobierno, por un lado, y el desprecio por el gobierno, por el otro. Las fuerzas de dependencia a los gobiernos sobrecargan a los mismos, mientras que el desdén roba a los gobiernos su legitimidad y se vuelve cada revés en una crisis. La disfunción Democrática va de la mano con la desilusión democrática.

**LA CUARTA REVOLUCIÓN**

Esta crisis de la democracia liberal occidental se ha estado gestando durante décadas, pero se ha agudizado en los últimos años, por tres razones. La primera es la carga de la deuda cada vez más insostenible que los Estados occidentales están llevando. La crisis financiera de 2008 y la recesión mundial subsiguiente condujo a una explosión de la deuda pública: según la Unidad de Inteligencia de *The Economist*, la deuda pública global alcanzó $50, 6 trillones de dólares en 2013, frente a sólo $22 trillones de dólares en el 2003. Gran parte de ese crecimiento fue impulsado por los gobiernos occidentales prestando enormes sumas en respuesta a la desaceleración económica. En Europa, la población en edad de trabajar alcanzó su punto máximo en 2012, a 308 millones, y se espera que disminuya a 265 millones para el año 2060. Ese pequeño grupo de trabajadores tendrá que sostener a un número sin precedentes (en términos absolutos y relativos) de jubilados. Entre el momento actual y 2060, la relación de dependencia de Europa, el número de personas mayores de 65 años como proporción del número de personas entre las edades de 20 y 64 años, se elevará del 28 por ciento (el nivel actual) a 58 por ciento. Esas cifras suponen que la UE va a dejar entrar más de un millón de jóvenes inmigrantes al año; si no es así, las cifras serán aún peores. En los Estados Unidos, donde los *“baby boomers”* se están cruzando hacia la vejez, la Oficina de Presupuesto del Congreso calcula que solamente el gasto público en prestaciones médicas se incrementará en un 60 por ciento durante la próxima década, y entonces comenzará a subir aún más rápido.

El segundo factor que ha arrojado las deficiencias de la gobernanza contemporánea occidental en relieves agrestes, el rápido desarrollo de la tecnología de la información. En las últimas dos décadas, las computadoras e Internet han revolucionado todas las formas de comercio y podrían revolucionar el gobierno también. La tecnología de la información ha transformado dos funciones básicas del Estado: la forma de pelear las guerras y la recolección de información. Pero hasta ahora, los gobiernos occidentales no han logrado aprovechar todo el potencial de la revolución digital, a menudo tropezando en sus intentos de hacerse más amigables en Internet: imagine el torpe lanzamiento de la página web Obamacare en los Estados Unidos.

La tercera prueba en curso de la democracia liberal al estilo occidental es la impresionante trayectoria de los últimos años de los otros modelos, en particular el autoritarismo modernizador seguido por los países asiáticos como China y Singapur. Por primera vez desde mediados del siglo XX, una carrera global está en curso para idear la mejor clase de Estado y el mejor sistema de gobierno. En comparación con aquella época anterior, las diferencias entre los modelos de la competencia de hoy son mucho más pequeños, pero las apuestas son más altas. Quien gane este concurso para dirigir la cuarta revolución en la gobernanza moderna tendrá una buena oportunidad de dominar la economía mundial.

Los occidentales han asumido durante mucho tiempo que los ideales de la libertad y la democracia en última instancia, echarán raíces en todo el mundo y que todos los países que querían modernizarse tendrían que adoptar tales valores. Pero el aumento de la modernización autoritaria en Asia pone esto en peligro. Para seguir siendo estables y prósperos y para mantener sus posiciones como líderes mundiales, los países europeos y los Estados Unidos tendrán que abrazar el objetivo de un gobierno más pequeño, y más eficiente.

Por el momento, los gobiernos occidentales hacen demasiadas cosas mal: que sería mejor si hicieran menos cosas y las hicieran bien. El Estado democrático occidental está maduro para el tipo de limpieza de primavera que los victorianos hicieron, uno que se basaría en algunos de los logros que dio la media revolución de los años 1980 y 1990. Reagan y Thatcher detuvieron el Estado de hacer muchas cosas que no tenía que hacer en primer lugar, como la dirección/posesión de las empresas de energía y las empresas de telecomunicaciones. Una cuarta revolución debe ir aún más lejos, sacar al gobierno del negocio de seleccionar a los ganadores en el sector privado a través de subsidios y regulaciones que distorsionan el mercado. Los gobiernos occidentales también tienen que asegurarse de que la generosidad pública ayude a los pobres y no a los ya acomodados. Estados Unidos, por ejemplo, redistribuye enormes sumas de dinero a personas relativamente prósperas en forma de desgravaciones fiscales para los titulares de hipotecas, asistencia financiera para pagar por un seguro de salud y los subsidios para los sectores agrícola y energético. El valor total de todas las exenciones que ofrece el Código Fiscal de Estados Unidos es de alrededor de 1.3 trillones de dólares, una cantidad que podría ser recortada significativamente sin dañar la economía.

Los gobiernos occidentales deberían seguir el ejemplo de China y tomar buenas ideas donde puedan encontrarlos. Cerca de la casa, se debe prestar atención a las experiencias exitosas de Suecia con los vales escolares. Más lejos, deben considerar el progreso de la India en la reducción de los costos hospitalarios y el programa de bienestar del Brasil basado en transferencias condicionadas de efectivo, lo que requiere el logro de determinados objetivos, tales como asegurarse de que sus hijos asistan a la escuela y reciben vacunas.

El siglo XXI es seguro que se defina por la competencia cada vez más feroz entre los Estados de averiguar cuáles innovaciones en gobierno producen los mejores resultados. Las democracias liberales del mundo occidental todavía disfrutan de una ventaja significativa en términos de riqueza y estabilidad política. Pero todavía no está claro si Occidente podrá convocar a la clase de energía intelectual y política que durante los últimos cuatro siglos, le han mantenido por delante en la carrera global para reinventar el Estado.

🙙🙛